

Tiresias, un ciego que ve

Por Inmaculada Alvear

Ariba los dioses, abajo los hombres. Los dioses vigilando lo que hacen los hombres, los hombres preguntándose que hacen los dioses y cómo pueden llegar a ser como ellos. Los dioses interviniendo en la vida del hombre, marcando su destino como si de muñecos se tratase -Apolo instigando a Orestes para que mate a su madre, o Agamenón obligado a sacrificar a su hija Ifigenia para que el ejército griego consiga su victoria sobre Troya-, pero también uniéndose ellos, estableciendo linajes en común. Rompiendo las distancias entre cielo y tierra, dioses y hombres se unen creando determinadas sagas que van a favorecer la comunicación entre unos y otros. Las fiestas y los ritos que cada «polis» celebra en honor de su dios protector, que se realizan a fin de atraer y favorecer a la ciudad y a sus habitantes con la gracia especial de esa divinidad, no calma toda la curiosidad que el hombre siente por ese otro mundo desconocido. De ahí que se interrogue también sobre su futuro, ese futuro al que la divinidad sí tiene acceso. De esta inquietud y este deseo de saber qué es lo que pasará frente a determinados acontecimientos, surge la figura del profeta o el adivino. Un intermediario entre lo que se desconoce y la divinidad, cuya técnica se basaba en el descubrimiento de «unos signos que eran descifrados conforme ciertas reglas tradicionales. Mediante el procedimiento de revelar dichos "signos" se podía conocer el futuro (...) se lograba "dominar" el tiempo, pues se preveían ciertos acontecimientos que iban a suceder en un corto lapso de tiempo» (1). Estos procedimientos ya eran conocidos en Mesopotamia, y el método más elaborado consistía en la extirpación de las vísceras de los animales sacrificados. Grecia recogerá y desarrollará estas técnicas junto con otras como la interpretación del vuelo de las aves.

Tiresias es por lo tanto uno de esos predilectos de la divinidad que ha accedido a la posibilidad de predecir el futuro del hombre, mediante el conocimiento de una técnica que le permite revelar lo que sucederá. Procede de un linaje muy especial: es hijo de Eures -descendiente de uno de los primeros pobladores de la ciudad de Tebas- y de Cariclo, una ninfa muy apreciada por la diosa Atenea. Al igual que los otros adivinos, Tiresias es hijo de una ninfa. Por su ascendencia materna, según Carlos García Gual (2), pudo haber heredado de su madre cierta conexión con la naturaleza y un cierto grado de inspiración.

Sin embargo Tiresias no fue siempre ciego, sino que su ceguera fue consecuencia del castigo caprichoso de una diosa -según las dos tradiciones conservadas: Hera, al no gustarle la respuesta que le dio; Atenea, al ser sorprendida bañándose (ver artículo de Fernando Doménech: "El personaje del ciego en la literatura dramática", en esta misma revista)-, aunque en compensación por esa «oscuridad» física, se le indemnizó con el don de la adivinación y la longevidad. Así su ciudad natal, Tebas, le reconoce como uno de los hombres más sabios, y los poetas trágicos se servirán además de su larga vida para que esté presente a lo largo de diferentes reinos del ciclo tebano: Cadmo, Penteo, Edipo y Creonte serán testigos directos del poder y extrema sinceridad de este hombre.

Sin embargo los dioses nunca abandonaron a Tiresias y aunque no alcanza la inmortalidad -uno de los deseos más perseguidos por el ser humano-, se le permite que después de muerto, en el

Hades, siga poseyendo sus poderes de augur. Gracias a esta concesión, le visita Odiseo con la única inquietud de conocer si podrá algún día volver a su querida Itaca:

«Circe nos ha indicado que hemos de hacer un viaje a la morada del Hades y de la venerable Perséfone para consultar el alma del tebano Tiresias»

(*Odisea*, X 490 ss)

Y con éste propósito le ofrece en sacrificio un carnero especial, igualándole a los dioses, a los que se inmola un animal como ofrenda, para que le escuche y le favorezca. El venerable Tiresias aparece en esta ocasión empuñando «un áureo cetro», símbolo, cómo señala García Gual, de la santidad (3). Sin embargo en este pasaje no queda muy claro si Tiresias es ciego o no, ya que reconoce inmediatamente a Odiseo sin nadie que se lo indique.

Los poetas trágicos no podían olvidarse de un personaje tan singular como Tiresias, un hombre castigado con la pérdida de uno de los más importantes sentidos, la vista, y que recibe a su vez como dones el poder de la profecía y la longevidad. Estas características permitían introducir un personaje capaz de predecir las consecuencias de ciertas actitudes de los héroes, que provocarían el enfrentamiento entre dos posturas radicalmente opuestas, entre dos maneras de pensar que producirían la desestabilización.

Sin embargo Esquilo, en la única tragedia de la supuesta trilogía que nos ha llegado sobre el tema de la dinastía de los Cadmeos, *Siete contra Tebas*, no se acuerda de este adivino. Ningún augur es requerido para conocer el destino que iba a sufrir la ciudad si se producía el enfrentamiento entre los dos hermanos, los hijos de Edipo, por el dominio de la misma; Eurípides por el contrario en *Fenicias*, tragedia que trata el mismo tema, se sirve de este personaje en el momento de más grave peligro para la ciudad.

En líneas generales, Tiresias aparece en todas las tragedias rodeado de un gran respeto, quizás porque su figura es la de un anciano honorable y seguro, que no vacila nunca ante las respuestas que como adivino se le exigen, sabe lo que dice y las consecuencias que producirá en el ánimo y el espíritu de los héroes a los que van dirigidas; por eso a veces duda y prefiere no descubrir sus vaticinios por temor a que no sean comprendidos. A pesar de ello, no duda en enfrentarse a todos los reyes, desde Edipo a Creonte y también a Penteo, cuando éstos se muestran incrédulos e intentan aparecer, por su cargo, como poseedores de la única verdad:

«Así que ¡hazme caso, Penteo! No te ufanes de que tu autoridad te da poder sobre los hombres (...).»

(*Bacantes*, 310v)

Excepto en *Bacantes*, donde Tiresias apoya con entusiasmo la religión báquica, en las demás tragedias es un personaje ajeno por completo al conflicto. Su vida transcurre probablemente fuera de la ciudad, desde donde podía observar con tranquilidad el vuelo de los pájaros en compañía de su ayudante que le informa de ellos y sólo acude a palacio cuando se le llama.



Exposición de Material Escénico confeccionado por los actores ciegos y deficientes visuales en el Taller de la III Muestra Estatal de Teatro ONCE (Palma de Mallorca, 1991).

2

Con *Edipo rey*, la primera de las tragedias que incluye al personaje del adivino, Tiresias se incorpora al carro de Téspis para llegar hasta nuestros días.

Sófocles sabía por qué cerca de Edipo, al que engaña la vida a cada momento, al que a cada paso que da hacia la grandeza y el poder más se hunde en la desgracia y el horror, tenía que haber un adivino que conociera su pasado y su futuro, que se intentara escabullir de la verdad porque ve más allá de las limitadas paredes de Tebas y mira con espanto en su corazón la terrible desgracia que se cierne sobre la familia de los Labdácidas. Espanto al recordar aquel cruce de caminos en el que Edipo y Layo se encuentran, padre e hijo sin saberlo, y el padre muere a manos del hijo; horror al evocar como se casa con su madre Yocasta, por ser el adivino del enigma de la Esfinge; el tiempo deja de tener lógica en la vida de Edipo, pues cada acto que realiza significa a la vez el encumbramiento y el hundimiento, el poder y la inferioridad. El tiempo estaba medido ya de antemano, sin que Edipo pudiera escaparse de sus garras y con él toda la ciudad de Tebas se sume a este sinsentido. Edipo comprende en la cumbre de su éxito que debe nuevamente salvar a la ciudad y se lanza a la búsqueda del asesino de Layo, el antiguo rey, es decir al encuentro de sí mismo, al conocimiento de que él es el verdadero heredero del trono...

A la llamada de Edipo, Tiresias acude comprendiendo que el silencio en este caso será su mejor aliado, sin embargo las pala-

bras de Edipo le confunden entre su deseo de pronunciar la verdad y sus consecuencias:

«Aunque no ves comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima la ciudad. A tí te reconocemos como único defensor y salvador de ella»

(Edipo, 304-305 v.)

Son estas mismas palabras las que pronunciará Creonte en *Antígona*, ya que también reconoce en los consejos de Tiresias el mejor aliado para conducir con prudencia la ciudad.

La estructura de la obra escrita por Sófocles proyecta la contraposición entre la ceguera física de Tiresias y la ceguera mental de Edipo, que le impide unir y armar todos los signos que se le van presentando para desvelar su propio enigma, su oscuro pasado. Mira, pero no ve, así se lo dice Tiresias:

«(...) aunque tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras, ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida (...) Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por los dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad.»

(Edipo, 414-420 v.)

La ceguera en la que vive Edipo hace que el adivino desgarre con sus palabras la tranquilidad del rey, y suenen como grito profundo de tanto haberlas ocultado:

«Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando....»

(Edipo, 363 v.)

Las duras palabras de Tiresias pronunciadas en el calor de un intenso enfrentamiento entre lo que ya han dispuesto los dioses y la ceguera del que quiere no ver la verdad, desencadena la rápida caída antes augurada como si el tiempo hubiera dado la vuelta y se mostrase con su faz más cruel y violenta.

Edipo acusa a Tiresias de decir «necedades», de haber urdido un complot contra él, de ser un charlatán engañoso que sólo «ve» las ganancias. El, solamente él, que nada sabía cuando llegó a la ciudad, fue capaz de acallar a la esfinge con su habilidad.... pero a pesar de su obstinación y la defensa que hace en su favor, la duda se ha instalado en su corazón y los acontecimientos se precipitan sin que nadie los pueda ya detener (4).

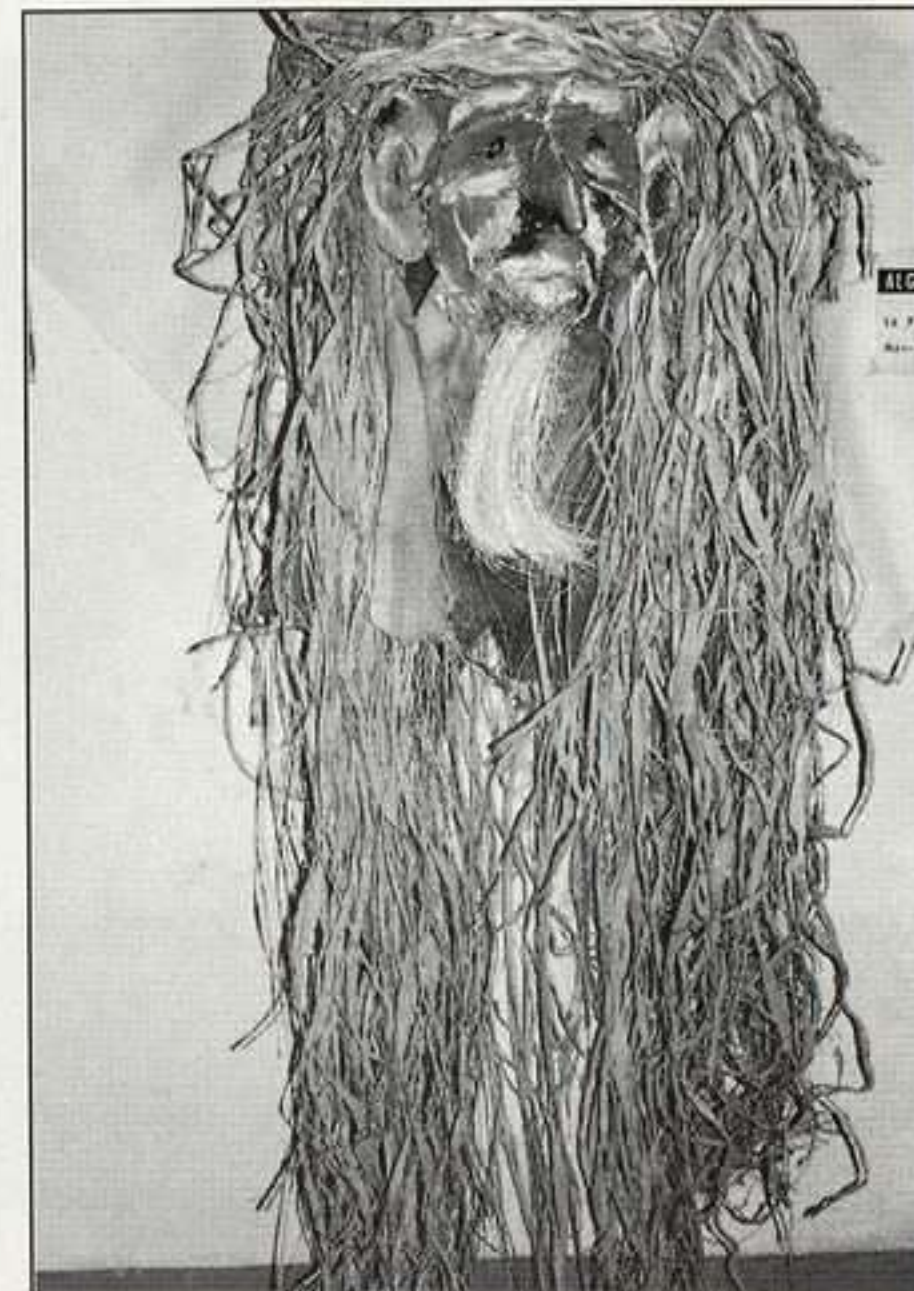
El delirio se va apoderando del corazón de Edipo y las profecías de Tiresias van confeccionando una trama a su alrededor. El oráculo de Loxias, aquel que había predecido que el hijo de Layo mataría a su padre y se casaría con su madre, sale a borbotones de la boca de Yocasta como un negro presentimiento del que ya es imposible desprenderse. Homicida y adúltero, ha convertido a la esposa en madre, los hijos en hermanos y el asesinado en padre, pero en realidad ¿qué son?... (5)

Las contradicciones estallan. La luz que ha salido de una mirada velada, alumbra la visión confundida del rey más poderoso. Edipo, «¡el mejor de los mortales!» (6), el salvador de la ciudad, tendrá que ser expulsado de Tebas al haberla contaminado, pues es el causante de su epidemia (7). Y al contemplarse, su ira se vuelve contra sí mismo y «lanzando imprecaciones una y otra vez, se va golpeando los ojos con los broches. Las pupilas ensangrentadas tiñen las mejillas y no destilan gotas chorreantes de sangre, sino que todo se moja con una lluvia negra» (8), tan negra como su desdichado destino. Esta mutilación significa la ceguera en la que durante tanto tiempo ha vivido, ya que el sentido de la vista ha sido engañoso, incapaz de discernir entre la verdad y la mentira, la razón y la obstinación. Edipo se ciega porque no quiere ver la oscuridad en la que se ha sumido su vida y el miedo a no ser nada. Y lejos de su ciudad intentará rehacer su vida para alejar toda posibilidad de contagio a su familia.

3

La obra euripídea *Fenicias* (9), narra los acontecimientos posteriores a la automutilación de Edipo. Es la única tragedia en la que aparecen juntos todos los miembros de la familia; esto es debido a que algunos de los acontecimientos que nos había transmitido Sófocles, son remodelados por dicho autor. Yocasta no se suicida, sino que es una anciana sacudida por el dolor y el sufrimiento de las muchas desgracias vividas; Edipo, ciego, es encerrado por sus hijos, que intentan de esta manera ocultar al causante de sus desdichas. A la oscuridad de su vista se le ha añadido el oscurecimiento de su corazón y vive con el espanto permanente de su destino. A esto se agrega el ansia de poder que ha provocado el enfrentamiento entre ambos hermanos, Eteocles y Polinices, por la posesión de la ciudad y éste segundo la ha rodeado al mando del ejército argivo. Un ambiente de guerra y destrucción domina toda la obra, quizás también como dominaba la vida de los atenienses que se encuentran en estos momentos en plena contienda con la ciudad de Esparta (10).

Las últimas palabras de Eteocles antes de ir al combate son para que se consulte al adivino Tiresias y para que «el cadáver de Po-



linices jamás sea sepultado en suelo tebano, y quien trate de enterrarlo perezca, aunque sea alguno de nuestros allegados» (11).

Tiresias es llamado por Creonte para que guíe nuevamente la ciudad con su sabiduría, y esta vez aparece acompañado de su hija Manto.

La estructura del diálogo entre Tiresias y Creonte es muy parecido al que mantuvo con Edipo. Primeramente hay una negativa de Tiresias a no revelar su augurio, ya que sabe que causará dolor. Ello provoca en Creonte unas terribles ansias de conocer lo que no quiere decir el adivino. Incitándole, Tiresias habla:

«Escucha entonces (...) Debes sacrificar (12) a este Meneceo en favor de la patria, a tu hijo, ya que tú eres quien invoca al destino»

(Fenicias, 912-914)

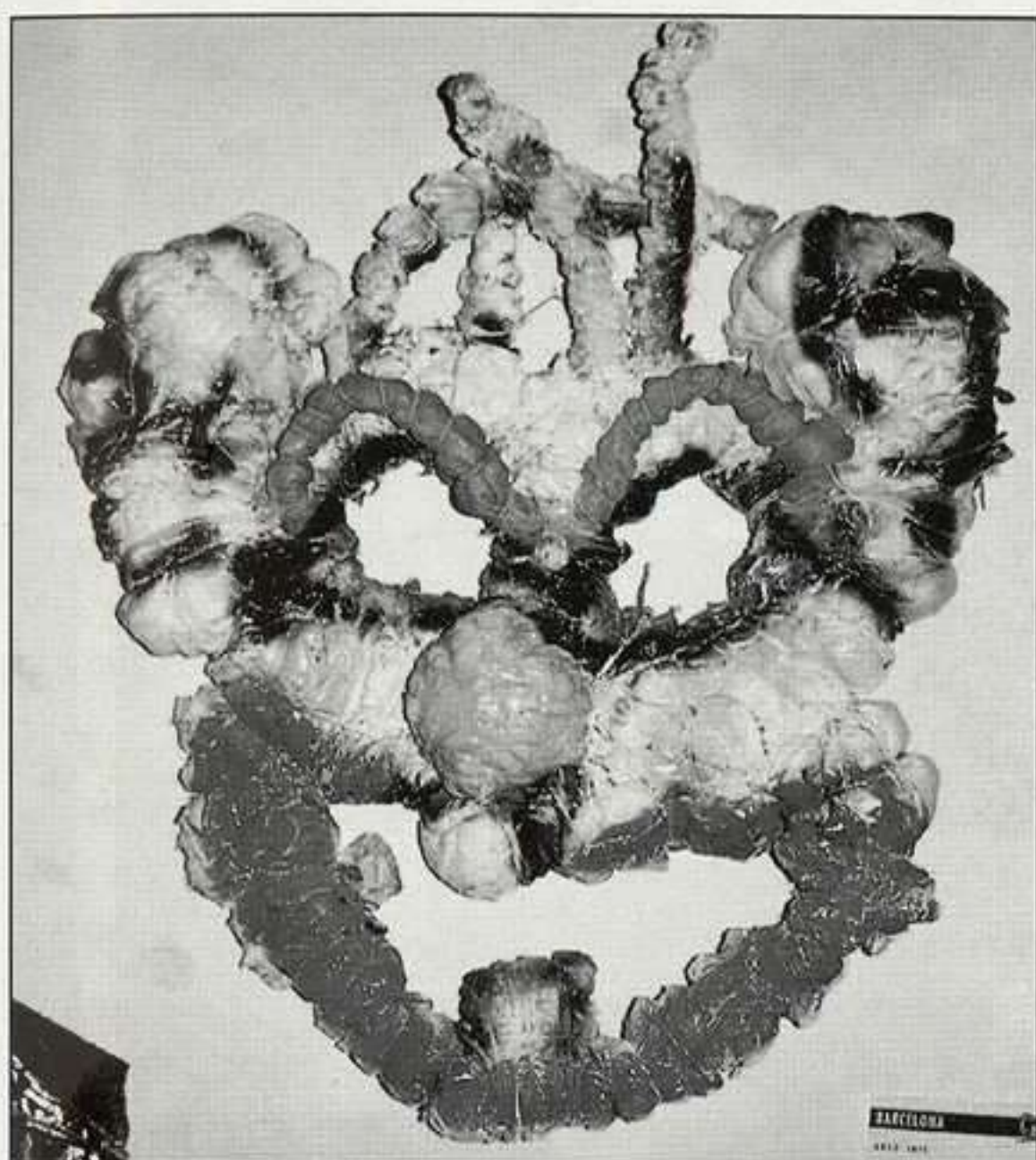
La sentencia que pronuncia el anciano levanta un terrible dolor y rechazo en Creonte, que lanza sus insultos contra el adivino. Con estas terribles palabras, Tiresias deja a Creonte herido de rabia y desesperación:

«Cerca anda la propia muerte (...) Numerosos cadáveres caídos en montón sobre cadáveres, en la confusión dardos argivos y cadmeos, procurarán amargos sollozos a la tierra tebana. Y tú ¡infeliz ciudad! serás devastada a no ser que alguien se deje persuadir por mis palabras»

(880-885)

En contra de los deseos de Creonte, que ruega a Meneceo que huya de Tebas, éste que ha escuchado las palabras de Tiresias, se suicida.

Para Vellacot (13), Tiresias se pronuncia a favor de Ares, la guerra y la destrucción, en vez de hacerlo por Dioniso. Momentos antes el coro ha dedicado en el estásimo segundo un bello canto a la desdicha de la ciudad «que se sumerge en sangre y muerte, marginando las fiestas de Bromio» (14), en las que entre los hermosos coros coronados de las jóvenes muchachas, despliega Baco su melena al son de las flautas. Ares, que significa el sacrificio de Meneceo en una guerra fratricida, está en conexión con la sentencia que el adivino ha emitido el día anterior en la tierra de los Erecteidas, en la que también era necesario el sacrificio de las hijas de Erecteo para impedir que se perdiera una guerra. Para convencer a Creonte del éxito de su empresa, se presenta con una corona de oro como primicia sobre el botín enemigo (15). En contra de Vellacot que ve en el suicidio de Meneceo un sacrificio absurdo y sinsentido, García Gual (16) piensa que es un ofrecimiento por el bien de la patria y un antídoto contra el egoísmo de los demás.



Materiales Escénicos confeccionados por actores invidentes en el Taller de la III Muestra Estatal de Teatro ONCE (Palma de Mallorca, 1991).

Efectivamente, con el suicidio de Meneceo la ciudad se salva. No hay destrucción, no hay asalto. Eteocles y Polinices mueren uno a manos del otro, Yocasta se suicida entre los cuerpos de sus hijos. La mano negra de Apolo vuelve a extender su sombra sobre la saga de los Labdácidas, una maldición imparables que sólo se detendrá con el exterminio.

Y Edipo sabe que él significa exterminio. Por eso debe partir al destierro acompañado de su soledad y de las muertes que su *moira* ha desatado.

4

CREONTE.- Este hombre (por Polinices), para que lo sepas, quedará insepulto.

ANTIGONA.- Yo lo enterraré, aunque lo prohíba la ciudad.

CREONTE.- Entonces te enterrarás a ti misma junto al muerto.

ANTIGONA.- Glorioso es, en verdad, que dos seres queridos reposen uno junto al otro.

(*Fenicias*, 1655-1660 v.)

Este diálogo que tiene lugar nada más morir Polinices, puede perfectamente enlazar con la obra sofoclea, *Antígona*, aunque esta última estuviera escrita casi cuarenta años antes.

La expulsión de Edipo y la muerte de Yocasta dejan a la ciudad cadmea en manos de Creonte, hermano de esta última; pero la maldición ya se ha extendido con todos sus tentáculos y aprisiona a toda su descendencia.

Con Antígona termina la maldición de una familia. El decreto ordenado por Eteocles (como hemos visto en *Fenicias*) ha despertado la ira de esta heroína que no está dispuesta a deshonrar su cadáver. Creonte, como nuevo rey, ordena que debe cumplirse por encima de todo: Polinices deberá quedar insepulto por haber querido destruir la ciudad, su ciudad.

Indudablemente el conflicto estado/familia no es nuevo para el espectador griego, sobre todo cuando el siglo V a.C. es una época plagada de transformaciones políticas en este sentido: leyes humanas frente a leyes divinas, leyes escritas frente a leyes orales. Lo que sí es cierto es que en este conflicto además actúa el determinismo, porque la familia está ya marcada por un terrible oráculo y el enfrentamiento lleva siempre indefectiblemente a la «tragedia».

Creonte no ha calculado hasta qué punto produce rechazo este decreto, por eso necesita consultar a Tiresias sobre la validez de su acción, quiere tener una aprobación especial y el adivino puede dársele.

Tiresias llega a palacio después de la conversación que ha tenido el rey con Hemón, futuro marido de Antígona. Un diálogo entre padre e hijo cargado de consejos, acusaciones, amenazas y

casi insultos; el honorable adivino le ofrece enseguida su primer consejo: «Sé consciente de que estás andando sobre el filo del destino» (17)

Tiresias le describe los «indicios de su arte» para que confíe en sus predicciones y analice su postura. Narra primeramente cómo sentado en su observatorio escuchaba el sonido indescifrable de los pájaros, un sonido como si se estuvieran despedazando. Desconfiando de ese mal presagio que había escuchado, decide probar con los sacrificios, pero «de la ofrendas no salía el resplandor de Hefesto, sino que la grasa de los muslos (...) se llenaba de humo y salpicaba» (18). Por ello, Tiresias le aconseja que recapacite y le insta a que cambie su opinión como una apuesta por la sabiduría y la justicia.

Sin embargo para defender su postura ha insultado a Tiresias, se ha amparado en el ataque y la injuria («Toda la raza de los adivinos está pegada al dinero») sin razonar ante las evidencias que el adivino le mostraba.

Como un vómito lanza Tiresias su vaticinio, las desgracias que provocará la muerte de Antígona, las desdichas que traerá para la ciudad, su familia y para él mismo:

«Por ello, las destructoras y vengadoras Erinias del Hades y de los dioses te acecharán para prenderte en estos mismos infortunios»

(*Antígona*, 1075-1079 v.)

En todas las tragedias hasta ahora analizadas se resalta la ceguera mental de los héroes, obstinados, poco flexibles, que defienden ante todo su poder personal; frente a la ceguera de Tiresias, iluminada, precisa y acertada, de la que necesitan para poder conducir la ciudad con sabiduría. Así lo reconoce Tiresias: al igual que él necesita de su guía, la ciudad necesita de sus presagios y conocimientos sobre el futuro. (19)

Para Creonte, es difícil reconocer que la duda se ha instalado en su corazón. Sólo cuando haya salido de escena Tiresias, interroga al coro sobre lo que piensa que debe hacer. Porque ya no está convencido de que esa ley promulgada sea reconocida como buena. A pesar de su cambio todo se ha precipitado de manera vertiginosa sin que el tiempo juegue a su favor; porque el tiempo se ha aliado con el oráculo: las consecuencias son abominables, la muerte de Antígona provoca el suicidio de su amado Hemón y con él arrastra a su madre, Eurídice. Y ahora, mudo de dolor, sí es capaz de comprender la locura que siente Edipo en su corazón, y por qué esos pájaros se estaban despedazando y por qué el oráculo tenía razón. Y en su rostro sólo podrá dibujarse el espanto de una *Moira* que lo previno.

5

La última tragedia que escribió Eurípides, ya fuera de Atenas, fue *Bacantes*. Una de las obras más singulares de dicho autor, en la que también aparece nuestro venerable adivino.

Con los últimos versos de la primera intervención del coro invocando a las bacantes «a que canten a Dioniso al son de los panderos (...) festejando al dios del evohé, entre los gritos y aclamaciones frías» (20), aparece Tiresias con la nébride, el tirso y la corona de yedra, es decir vestido de bacante; añade además Eurípides que llega al palacio de Cadmo, solo (siempre ha aparecido acompañado de un muchacho o de su hija Manto) y ciego, lo que significa que conocía perfectamente el camino y que no necesitaba compañía.

Por sus palabras parece algo excitado y con prisa, pues va a ir con Cadmo(21) a danzar en honor al dios Baco.

Cadmo sale de palacio animado por el mismo espíritu que Tiresias, y ambos se sienten rejuvenidos al pensar en pasar toda la noche en los bosques cantando y bailando sin tener en cuenta su edad.

Dispuestos están los dos ancianos a partir para su fiesta cuando aparece Penteo, nieto de Cadmo y rey en estos momentos, enfurecido por la penetración tan virulenta que se ha producido del culto a Baco y del enorme éxito que causa entre las mujeres (22), pero se queda perplejo al ver a su abuelo y a Tiresias vestidos con los atributos del coro báquico, y a este último le acusa de instigador y de haber sido sobornado por Dioniso para enredar a Cadmo. Es la tercera vez que se acusa al adivino de haberse dejado comprar, ya que Creonte y Edipo también lo sugieren.

Aquí se produce el primer enfrentamiento entre dos posturas radicalmente antagónicas. Una la de Penteo, el joven rey, que intenta imponer una disciplina férrea, que ha encarcelado a todas las mujeres que están participando en las bacanales, representante por tanto de una moral tradicional defensora de controlar cualquier movimiento que pueda traer el caos y la anarquía; la otra postura representada por Tiresias, con un discurso impetuoso en el que defiende a Baco como creador del vino, líquido que sirve para apagar las penas y no como fuente de desorden, afirmando también que «la cordura depende, en todas las cosas, de la propia naturaleza» (23), y no hay que extraer generalizaciones sobre determinadas conductas. Las cosas no son buenas o malas en sí, sino que depende del uso que se haga de ellas.

Un discurso pensado para convencer a Penteo del peligro que entraña su postura y de la necesidad de que acepte esta tradición ya consolidada.

En esta tragedia nos encontramos un Tiresias que parece más humano, que se identifica con una manera muy pasional de entender la vida, frente al distante y lejano adivino, cuyas profecías no hacían mella en él.

Sin embargo otro tipo de locura y no la provocada por los cantos y bailes báquicos se ha apoderado de Penteo, una locura tiránica ante todo aquel que no quiere seguir sus órdenes, y así manda que destruyan el lugar desde el cual Tiresias observa el movimiento de las aves y desentraña los acontecimientos futuros. Una actuación injusta para imponer su verdad.

Tiresias no profetiza, no interpreta augurios, sin embargo predice que la postura en la que se ha instalado Penteo le traerá muchos disgustos.

Estas dos opciones sobre las que tanto se ha escrito, y con las que se ha querido identificar a Eurípides dependiendo de lo que se pensaba que defendía, no son contrarias sino que de su síntesis puede extraerse un cierto equilibrio. Como afirma García Gual (24), «cualquier enfrentamiento entre los valores defendidos por ambos bandos, pone en entredicho cualquier concepción limitada de la vida en sociedad»

Pero Dioniso ya ha envuelto a Penteo y prepara su venganza; un vestido de mujer, un tirso y una corona serán su próximo atuendo para ir a espiar a las bacantes, sobre las que tanto ha protestado; su curiosidad será el arma que maneje Baco, como una honda asesina que siempre vuelve. Es verdad que Eurípides nos presenta la faz alegre, desenfadada y lúdica de Dioniso, pero también su faz terrible y sangrienta: Penteo muere despedazado por Agave y sus hermanas, en pleno éxtasis báquico. Su cabeza coronará un tirso como trofeo y castigo por fisgar. La condena no es sólo para Penteo sino para toda la familia, ya que es su madre, Agave, la que toma la iniciativa del descuartizamiento del cuerpo de su propio hijo. Ambas posturas quedan, por lo tanto, en entredicho. Ninguna tiene la verdad absoluta, tampoco se anulan, sino que ambas poseen valores positivos que pueden ser objeto de reflexión.

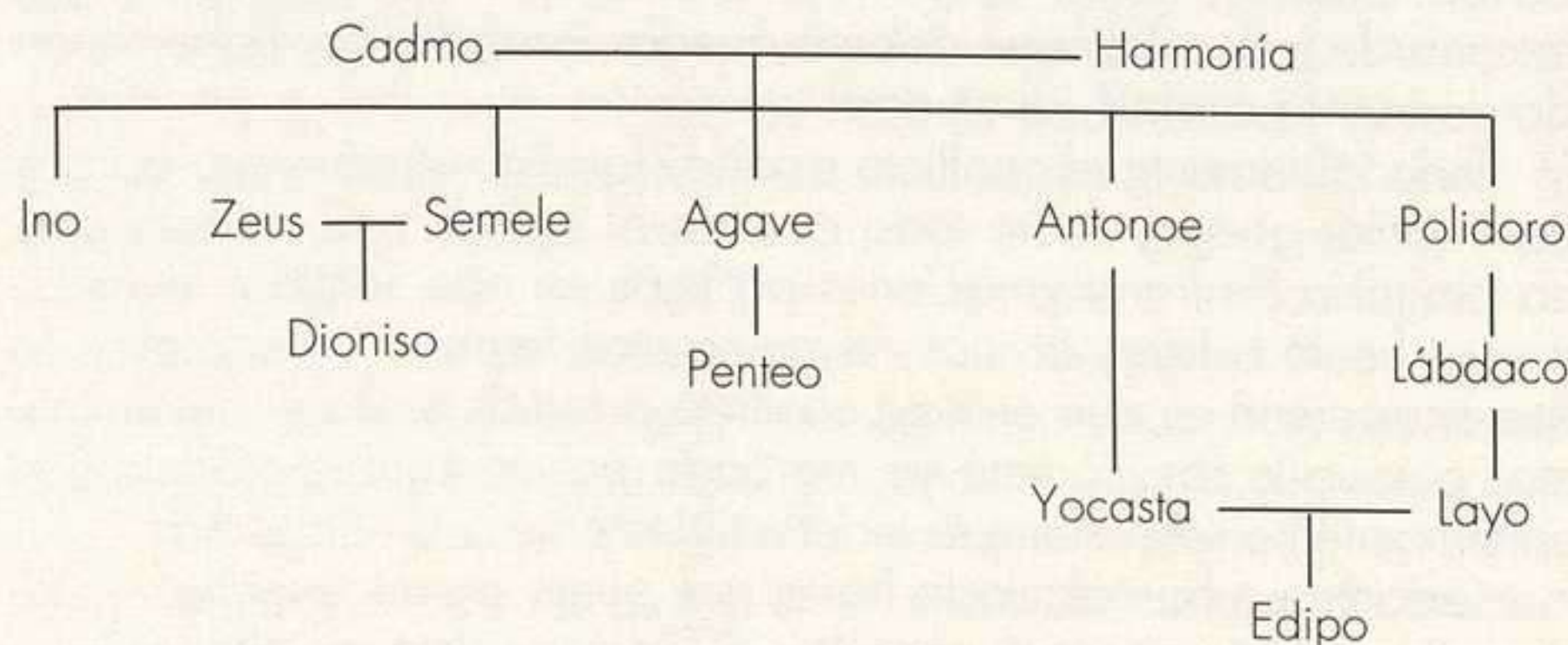
* * *

Los dioses arriba, los héroes abajo tratando de alcanzar a los dioses, y Tiresias, el adivino, a media altura, transmitiendo aquello que le permiten los dioses, avisando con medias palabras, con toneladas de metáforas, un futuro que a veces es mejor no conocer. A pesar de todo, de las predicciones, de los sacrificios, de las sagas comunes, y los ritos y fiestas... los dioses siguen arriba y los héroes abajo.

NOTAS

- (1) ELIADE, M.- *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*. vol.1, pg. 99-100
- (2) GARCIA GUAL, C.- *Tiresias o el adivino como mediador*, pág 117
- (3) *Opus Cit.* pág. 113
- (4) Su mujer, Yocasta, intenta convencerlo para que no siga adelante en su investigación (1055-1061 v)
- (5) El cegamiento de Edipo ya aparece en algunos escritos anteriores. Por ejemplo, en Homero, Yocasta se suicida, pero no se le atribuyen hijos con Edipo. Para más información acerca de este tema consúltese BERMEJO.- *Mito y parentesco en la Grecia arcaica*. págs 104-119.
- (6) 46 v.
- (7) VERNANT en su artículo «Ambiguïté et renversement sur la structure énigmatique d'*Oedipe roi*», incluido en el libro *Myth et tragédie en Grèce ancienne*, vol. II, pág 115-118, realiza una magnífica exposición al unir el destierro de Edipo con las fiestas de expulsión del «pharmakós», que se realizaban para purificar la ciudad.
- (8) 1275-77 v.
- (9) La fecha probable de estreno es el 408 a.C.
- (10) Según VELLACOT en su libro *Ironic Drama*, Eurípides escribe esta tragedia para mostrar a los atenienses las consecuencias de la guerra.
- (11) v.778-779. Esta prohibición será el conflicto central en la *Antígona* de Sófocles.
- (12) Así mismo Vellacot analiza cuál es el posible significado de estos sacrificios en la obra eurípidea pag. 178 ss
- (13) VELLACOT, *Opus cit.*, pág. 172-173.

- (14) Bromio es otro de los nombres con el que se conoce a Dioniso, dios que ha nacido en Tebas.
- (15) Fen. 853-858 y nota 37 a la edición de García Gual de la editorial Gredos.
- (16) Nota 39 a la edición de Gredos.
- (17) Ant.997 v.
- (18) Ant. 1008-1009 v.
- (19) Ant. 1013-1014 v.
- (20) Bac. 155-168 v.
- (21) Genealogía de la familia Cadmea:



- (22) Al estar la mujer sometida a un tipo de vida estrictamente familiar y poco participativo, sin que se le reconociera ningún derecho, estas religiones se presentaban como válvulas de escape para su existencia.
- (23) Bac. 316-17 v.
- (24) Prólogo a *Bacantes* de la edición de Gredos, pg. 334